

más la suerte de las armas.—Pero no existía en la asamblea el realista previsor y valeroso que pudiera usar tal lenguaje. Allí no había más que revolucionarios y liberales, no queriendo á ningún precio los Borbones, y teniendo la debilidad de creer que sin Napoleón se podrían defender y tratar con el extranjero. A estos se podían oponer réplicas poderosas. Luciano las halló y se sirvió de ellas. Primeramente aplicóse á pintar la situación de distinto modo que Mr. Jay la había trazado, y á demostrar que tanto en lo de fuera como en lo de dentro, el mal se había exagerado mucho. Armándose con los pormenores suministrados por el emperador, expuso que el ejército del Norte estaba lejos de hallarse destruido, aun después de derrotado; que de los que en el monte de San Juan habían combatido se volverían á reunir por lo menos treinta mil hombres, y probablemente el cuerpo de Grouchy se encontraba intacto, lo cual suministraría un ejército de más de sesenta mil hombres, superior en calidad á cuanto poseía el enemigo; que lo elevarían á cien mil soldados los generales Rapp, Lecombe y Lamarque, éste ya libre en la Vendée; que detrás de este ejército vigoroso, París cubierto de obras, armado con seiscientas bocas de fuego, defendido por más de sesenta mil hombres de los depósitos, de los marinos, de los federados y de la guardia nacional, estaría al abrigo de todo ataque; que en esta situación para reconocerse y crear nuevos recursos habría tiempo; que la conscripción de 1815 y la aplicación á toda Francia de la movilización de las guardias nacionales de preferencia proporcionarían doscientos ó trescientos mil hombres; que estos medios en ma-

nos de un capitán como Napoleón, permitían no desesperar de ningún modo, y no soportar las condiciones impuestas por un vencedor insolente; que, si fuera no era la situación tan grave como se trataba de presentar ni por asomo, dentro se había exagerado más todavía; que Francia rechazaba casi uniformemente el gobierno de los emigrados; que á favor de este gobierno solo existía una minoría más arrogante que peligrosa, pues al fin se acababa de quitar la máscara en la Vendée, y el general Lamarque la había destrozado á los pocos días; que á excepción de estos partidarios de la emigración, todo el mundo quería sustancialmente la misma cosa, esto es, la independencia nacional y la libertad constitucional bajo el príncipe que Francia había vuelto á ver con júbilo el 20 de marzo; que á esta masa de la nación podían acaso dividir algunas equivocaciones, si bien de la asamblea dependía que cesaran del todo, con agruparse detrás del hombre que la había convocado, siendo el solo capaz de hacer frente al enemigo; que tan luego como se pronunciase la asamblea, la seguiría el país entero; que separarse de Napoleón bajo pretexto de aplacar el odio del extranjero, no pasaba de ser una ilusión ridícula á la par que funesta; que en 1814 el extranjero había usado este lenguaje, y el Senado se había dejado coger en el lazo, y segregado Napoleón y restablecidos los Borbones, se despojó á Francia de sus plazas, de su material de guerra y de sus fronteras; que las promesas galanas de hacer alto inmediatamente después del alejamiento de Napoleón, eran ardid de guerra para separar á la nación de su caudillo; que los podía usar el enemigo para sus fines, si bien equivalía á

hacerse escarnio de los contemporáneos y de la posteridad, ser juguete de ardidés tales. Siempre avanzando en la parte mas delicada del asunto, el príncipe Luciano añadió estas palabras:—Pensad también, mis queridos conciudadanos, en la dignidad y en la consideracion de Francia. ¿Qué diria de ella el mundo civilizado, qué diria la posteridad si despues de recibir con entusiasmo a Napoleón el 20 de marzo, despues de proclamarle héroe libertador, despues de prestarle un nuevo juramento en la solemnidad del Campo de Mayo, á la vuelta de veinte y cinco dias, y de resultas de una batalla perdida, de resultas de una amenaza estrangera, ahora le declarara causa única de sus males, y le excluyera del trono adonde recientemente le ha llamado? ¿No expondríais á Francia á una grave acusacion de inconstancia y de ligereza, si abandonase á Napoleón en las presentes circunstancias?—Esta consideracion justa, si bien solo revelaba lo desgraciado de la situacion, al golpe hizo que se agitase la asamblea y produjo una réplica pesada, porque en las asambleas cuando se toca á ciertas verdades, que están en todos los corazones, sin haber salido á los labios, una sola palabra es bastante para hacer que salten de pronto. Levantándose enfrente de Luciano, é interrompiéndole con una oportunidad irresistible monsieur de Lafayette le dijo en tono frio, si bien cortante como el acero:—Príncipe, calumniáis á la nacion. ¡Ah, que la posteridad no podrá acusar á Francia de haber abandonado á Napoleón, sino de haberle seguido demasiado! Le ha seguido á los campos de Italia, á las arenas abrasadoras de Egipto, á los campos devorantes de España, á las in-

mensas llanuras de Alemania, á los helados desiertos de Rusia. Seiscientos mil franceses yacen á las márgenes del Ebro y del Tajo. ¿Nos podreis revelar acaso cuántos sucumbieron á las márgenes del Danubio, del Elba, del Niemen, del Moskowa? ¡Ah, con menos constancia la nacion hubiera salvado á dos millones de hijos suyos! ¡Y hubiera salvado á vuestro hermano, á vuestra familia, y á todos nosotros del abismo, donde forcejeamos ahora, sin saber si podremos salir al cabal...—Estas frases cayeron sobre el príncipe Luciano, bien inocente á todas luces de los desaciertos que se le traian á la memoria, como el juicio de la posteridad sobre su hermano, y quitaron toda fuerza al conjunto de su discurso. Con todo, habia conseguido moderar algo los ímpetus de la asamblea, no tanto por virtud de sus palabras, que no carecian de elocuencia, como á causa del espectáculo del grande hombre vencido, de quien era viva imagen, y á quien se trataba de arrojar á la sima, sin certidumbre de que así quedara cegada. A Mr. Jay y al príncipe Luciano sucedieron algunos oradores: Mr. Enrique Lacoste y Manuel prolongaron el debate, y sin que tal fuera su ánimo amortiguaron de este modo la violencia primitiva. Dar á entender el deseo de una abdicacion voluntaria por parte de Napoleón era cuanto se podia hacer en suma. Pronunciar su destitucion fuera un insulto á la desgracia, de que actualmente no era capaz nadie. Dos comisiones elegidas por las Cámaras pedia el gobierno, para arbitrar los medios de salvacion en union suya. Negociando estas dos comisiones podian obtener decorosamente lo que la asamblea hubiera arrancado sin dignidad para si propia ni para Napoleón

con una intervencion directa. Se conoció de este modo, y por consentimiento casi unánime adoptóse lo propuesto por el gobierno. Para su comision designó la Cámara de representantes á su propia mesa, compuesta del presidente Mr. Lanjuinais y de los cuatro vice-presidentes Mrs. de Flaugergues, de Lafayett, Dupont de l'Eure y Grenier. Por su parte la Cámara de pares nombró á su presidente el archicanciller Cambacères y Mrs. Boissy d'Anglas, Thibaudeau, Drouot, Andreossy y Dejean para la comision suya. Esta y la de la Cámara de representantes se debian reunir dentro del palacio de las Tullerías y en el salon de sesiones del Consejo de Estado á los ministros con y sin cartera para deliberar sobre los graves asuntos sometidos á su exámen. Convocadas fueron para la misma noche, con el fin de que al dia siguiente se pudiera presentar á las Cámaras una resolucion definitiva.

Sin interrupcion se habian sucedido los yentes y vinientes en el palacio del Eliseo durante este tiempo. Allá fueron el duque de Rovigo, Mr. de Lafayette, Mr. Benjamin Constant, el principe Luciano, y acerca de la disposicion de los espíritus no ocultaron á Napoleon cosa alguna. Luciano le repitió que no habia que andar en deliberaciones, pues se necesitaba optar entre un golpe vigoroso ó la abdicacion hecha al punto, á fin de precaver una resolucion ofensiva de la Cámara de representantes. Tal era la verdad exacta, y Napoleon no se la disimulaba de ningun modo. En cólera montaba á veces al ver la poca generosidad con que era tratado, y al considerar los medios que le quedaban todavia de apoderarse de la dictadura, si queria llamar á sí á los federados, que no cesaban de

afuir delante de sus balcones, y lanzar los gritos del patriotismo desesperado. Pero despues de cortos instantes de exaltacion decaia de nuevo, y vuelto al fastidio de todo daba á entender que iba á abdicar de seguida, bien que vengándose con ardientes sarcasmos de los que imaginaban que la salvacion dependia del sacrificio de su persona.—Dejad á esas gentes, le dijo con su familiaridad verídica el duque de Rovigo. Unos han perdido la cabeza, y otros son juguete de las intrigas de Fouché. Puesto que no comprenden que vos únicamente les podeis salvar todavia, abandonadlos á sí propios, y que se compongan como puedan. Dentro de ocho dias llegarán los extrangeros, mandarán que sean fusilados algunos, desterrarán á otros, les volverán los Borbones, que han merecido, y darán fin á esta miserable comedia. Vos, señor, venfos á América á gozar con algunos servidores fieles el reposo que os hace y nos hace á todos tanta falta.—Mr. Lavallette dió los mismos consejos con su lenguaje grave, dulce y triste. Napoleon tomó cuanto le dijeron en buena parte, y no ocultó que sustancialmente pensaba como ellos, y obraria en este sentido. Con Mr. Benjamin Constant tuvo una conversacion de tudole diversa y que se prolongó bastante. En union suya examinó la cuestion de la abdicacion bajo los puntos de vista mas elevados, y como si respecto de ella no tuviera interés alguno. Con relacion á su persona, evidentemente su pesar dominante consistia en verse vencido una vez mas por Europa; en el estado actual de los ánimos no le parecia que reinar fuese un placer digno de envidia; sobre la ambicion flotaba en su mente el desprecio á los hombres y á las cosas; y para lo por-

venir cifraba la única felicidad deseable en un retiro sosegado y libre y en medio de hombres dignos de su trato. Pero la confusión de abandonar una partida no perdida del todo, le traía nuevamente y á pesar suyo á deliberar acerca de la sumisión ó la resistencia al sacrificio demandado. Con efecto, le parecía que, si aun quedaban eventualidades de vencer á Europa, ó á lo menos de reducir la á entrar en ajustes, á la vez sería torpeza, insensatez y debilidad rendirse, y que algun dia se le condenaría en el tribunal de los verdaderos políticos á consecuencia de haber cedido tan fácilmente. Como padre se inmolara de buen grado á trueque de asegurar el trono á su hijo; pero después de saber la verdad respecto de su esposa, ya no dudaba que su hijo sería un niño anticipadamente sacrificado á los recelos de Europa, un niño destinado á morir cautivo en las manos del extranjero. Desdeñosamente se soñaría cuando se le afirmaba que al precio de su abdicación aceptaría Europa al rey de Roma y á Maria Luisa. Con la penetración del génio veía á las claras, que, segregada su persona, á los ocho dias se hallarian restablecidos los Borbones, dispersos ó castigados la mayor parte de los que le arrancaban su espada, destinado el mismo Fouché á un castigo, quizá aplazado, bien que seguro, y mirando algo hondamente á lo porvenir se creía vengado de todos los enemigos de dentro. Pero le ocupaba sobre todo examinar si, cuando aun había tantas eventualidades contra los enemigos de fuera, se podía juzgar convenientemente que al duque de Wellington y al mariscal Blucher rindiera su espada, y se consultaba sino era un necio ó un cobarde al no poner

por obra lo que se necesitaba para eximirse de tan cruel extremidad. Largo tiempo trató con Mr. Benjamin Constant de este asunto, acreditando en la misma proporción el talento y la sangre fría, repitiéndole que ni Francia ni el ejército conocían mas que á su persona; que si fuera su voluntad desperaría aquellos representantes, á quienes acababa de abrir la liza, sin mas que pronunciar una palabra, bien que para esto se tendria que poner á la cabeza de un partido, del que voceaba debajo de sus balcones, y lanzarle sobre las gentes honradas, y ser una especie de *emperador revolucionario*, y combatir con Francia agarrotada detrás de su persona á la Europa coaligada, papel que le repugnaba en extremo; y concluía por decir que con Francia unida le fuera grato sostener contra Europa una lucha desesperada, pero que no le podía convenir de ningún modo acometer la empresa con Francia desunida, y siguiéndole como forzada, y que en situación tal prefería con mucho ir á vivir como plantador en los bosques vírgenes de América.

Mientras duraba esta plática en el Eliseo, se habían dirigido las comisiones de las dos Camaras al palacio de las Tullerías, y juntándose á los ministros en el salón de sesiones del consejo de Estado, desierto, mal alumbrado, y ofreciendo un contraste lúgubre con el espectáculo que presentaba en otro tiempo, cuando Napoleón en la cúspide de su gloria presidía allí á las secciones reunidas, y las dominaba con el vigor de su talento no menos que con el prestigio de su autoridad omnipotente por entonces. El príncipe Cambacéres abrió la sesión puntualizando el objeto de las deliberaciones.

Todos se contuvieron al principio, si bien los espíritus fogosos, y no faltaban en las dos comisiones, se mostraban impacientes por suscitar la cuestión verdadera, la única del día, la de la abdicación, en suma. Por protestas de adhesión á la cosa pública empezaron desde luego, y hasta quisieron asentar como base que estaban prontos á todos los sacrificios, menos el de las libertades nacionales y el de la integridad del territorio. Estas declaraciones redactadas en proposición formal y sometidas al voto de las comisiones eran ridículas ó capciosas, pues decidían implícitamente lo que no se osaba articular por lo claro, la caducidad de la autoridad imperial. Esto fué lo que se dió por respuesta, y solo en el concepto de declaración general de adhesión á la cosa pública quedó la proposición admitida. A continuación se hizo reseña de los diferentes recursos que aun se podían considerar existentes en la desesperada situación de los negocios del Estado. Se habló del ejército y de la hacienda, y finalmente de los medios de mantener el orden en el imperio con la represión de los partidos hostiles. Respecto del ejército se trató ante todo de reclutarlo inmediatamente, llamando á la conscripción de 1815, sobre la cual se habia suscitado una cuestión de legalidad. Nadie se opuso á esta providencia, que debia suministrar mas de cien mil hombres, algunos de los cuales habian ya servido. Acto continuo se trató de hacienda, y acogióse el pensamiento de una emisión de rentas que pudiera producir al golpe de 30 á 40.000,000 de francos. Por último, se vino á la cuestión de una ley preventiva, que al poder ejecutivo diera armas contra los partidos hostiles, y en esta reunion de

hombres, casi todos adictos á la causa de la libertad por extremo, no se opuso la objecion mas leve. Se concedia todo, con tal de llegar cuanto antes á la abdicación, única providencia que interesaba á los ánimos todos.

Tras de proveer á los medios de sostener la guerra, se dijo que era necesario pensar en los medios de conseguir la paz; que este segundo objeto era de urgencia suma, porque el éxito de la guerra se presentaba harto dudoso para no ver de terminarla de seguida. Cabalmente esta cuestión contenia la que se deseaba suscitar con tanta impaciencia. Mas resuelto Mr. de Lafayette que todos en la prosecucion del objeto á que se deseaba llegar pronto, preguntó si no era cosa demostrada que toda paz y aun toda negociacion se hacia imposible, mientras Napoleon se hallara á la cabeza del gobierno.

Esta pregunta, soltada ante los ministros de Napoleon y ante las comisiones en que se contaban algunos miembros adictos á la imperial dinastía, suscitó vivos murmullos. Los ministros respondieron que si tuvieran por verdadero lo que acababa de aventurar Mr. de Lafayette, lo hubieran manifestado á Napoleon de tal modo, y sobre ello presentarían una proposición terminante en la actual conferencia. Mr. de Lafayette repuso que aceptaba la cuestión así planteada, y puesto que hicieran la proposición si la juzgaran provechosa, por si la iba á hacer de seguida, á causa de considerarla indispensable. Así pidió que los miembros presentes en la junta declararan lo que creían verdadero por su parte, que la presencia de Napoleon al frente del gobierno hacia la paz imposible, y la conti-

nuacion de la guerra indispensable, y por consiguiente problemática la salvacion del Estado en la misma proporcion que el éxito de la guerra. Esto equivalia á pronunciar la destitucion no deseada por nadie, á la par que á la abdicacion se inclinaban todos. El príncipe Cambacères, presidente de esta junta, manifestó que no pondria á votacion lo propuesto por Mr. de Lafayette. De esta suerte quedó su pensamiento desechado, si bien admitiéndose que era menester negociar á la par que se peleaba en los campos de batalla, y que para negociar se necesitaba hallar una fórmula que permitiese restablecer las relaciones diplomáticas con las potencias europeas, habiéndose negado éstas hasta entonces, no solo á responder á las comunicaciones del gobierno imperial, sino tambien á recibir las. Por tanto, ideóse como término medio enviar al campo de los coaligados una comision de negociadores, que en lugar de presentarse en nombre de Napoleon, se presentara en nombre de la Cámara de los pares y de la de representantes. Difícil fuera contentarse con una proposicion de tal especie, implicando la abdicacion de Napoleon ni mas ni menos, puesto que se ejercia sin intervencion suya y prescindiendo de su persona la prerogativa mas importante del poder ejecutivo, la de tratar con las potencias extrangeras. Además era una ilegalidad fragante; pero con las últimas resoluciones de las Cámaras se habia salido ya de la legalidad tan por extremo, que no merecia atencion alguna. Adoptada fué la proposicion por consiguiente, y se convino en que las diversas medidas acordadas en esta junta se someterian al emperador por sus ministros, y á las Cámaras por los in-

dividuos que designara cada una de las dos comisiones. Al general Grenier, oficial distinguido de la república, hombre prudente y desinteresado, se encargó dar cuenta de lo acordado á la Cámara de representantes. Pero como las resoluciones que habian prevalecido no correspondian á la impaciencia que se notaba en los ánimos todos, los ministros rogaron al general y á sus colegas que tuvieran paciencia todavia por algunas horas, prometiendo, que no bien se diera cuenta de lo convenido, un mensaje imperial llegaria á calmar los deseos de la mayoría de las Cámaras, que en la abdicacion de Napoleon vinculaban la salvacion del Estado.

Esta junta habia durado gran parte de la noche, y en el Eliseo comenzó muy temprano el dia 22 de junio: desde la madrugada fué allí cada cual á aconsejar á Napoleon, como nadie se atrevia antes á ponerlo por obra, y menos sobre tales asuntos. Su sacrificio estaba consumado, puesto que desde la sesion de aquella noche, ya no cabia en lo posible que se prolongara situacion semejante. ¿Cómo consentir efectivamente en que se negociara con el extrangero sin intervencion suya, fuera de su autoridad, y que se gobernara asi con exclusion de su persona? Esto fuera una verdadera deshonra, y si la queria evitar del todo, no le quedaba otro arbitrio que el de aniquilar á aquella asamblea, apoyándose en el populacho, y aspirando á sostener la lucha contra la unida Europa sin tener detrás mas que á Francia dividida. Como se ha visto, ya Napoleon tenia su resolucion tomada. Sin embargo, aun resistian en su interior dos cosas, la naturaleza y la repugnancia á abandonar una partida, que á su parecer no estaba perdida

por completo. Efectivamente le costaba mucho bajar del trono, porque esto equivalía á caer en una prision estrecha; y le costaba mucho renunciar á una lucha, que segun su inteligencia militar aun ofrecia muchas probabilidades de buen suceso. Pero ante la evidencia de la discordia, segura si permanecia en su puesto, y verosimil aun despues de abandonarlo del todo, á rendirse estaba resuelto. Sin embargo, se sublevaba de que le llegasen á hostigar de continuo, sin darle casi tiempo de entrar en reflexiones. Esta agonía de su voluntad pujante era laboriosa y dolorosísima á la vista, porque el génio y el infortunio perdian algun tanto de la dignidad con que se desearia verlos siempre, y especialmente en los momentos supremos. Asi Napoleon mostrábase alternativamente reposado, afaible, irónico á lo sumo, y solo irritado cuando se le metia demasiada prisa. Oidos prestaba á los consejos de los que, á semejanza del duque de Rovigo, de Mr. de Lavallette y de Mr. de Basano, le instaban á que abandonase á gentes que no merecian ser salvadas, y que fuera con su imperecedera gloria á la vasta y libre naturaleza de América, para acabar allí su vida en profundo reposo, y admirado por el mundo que le haria justicia despues de su caída; pero estos mismos consejos sonábanle mal en boca de los que segun las apariencias esperaban algo para sí ó para la cosa pública de su sacrificio; á tales sujetos consideraba como juguetes de Mr. Fouché ó de su interés propio. Asi recibia desabridamente á Mr. Regnaud y á los que semejaban pertenecer á esta categoría, cuando llegaban á hablarle del asunto sobre que hablaban todos en aquellos tristes instantes.

Estas dolorosas perplejidades duraron una parte de la mañana en el palacio y en el jardín del Eliseo. A este tiempo del ejército llegaron noticias menos desconsoladoras que las traídas de Laon por Napoleon y sus oficiales. Grouchy, á quien se creyó perdido, por Rocroy acababa de entrar sano y salvo, á la cabeza de treinta mil hombres llenos de ardimiento, y detrás de los cuales se iban á rehacer los restos de Waterloo. Llegando al punto de reunion de Laon desde todas partes, ya aquellos restos ascendian como á veinte mil hombres, y á treinta ó cuarenta mil subirian cuando se les armara de nuevo y se les proveyera de artillería. Fácil era por consiguiente juntar dentro de pocos dias un ejército de sesenta mil hombres, que aumentarian mas todavía los depósitos, los federados, las tropas del Oeste, y allegar de este modo para cubrir á París mas de cien mil combatientes. Aun cuando esta situacion fuese muy aflictiva, harto distaba de lo que se habia imaginado, y en virtud de la cual París se hallara completamente al descubierto, y en la necesidad de rendirse sin condiciones. Inmediatamente fué enviado el ministro de la Guerra á la Cámara de representantes, por ver si estas noticias daban allí margen á útiles reflexiones, y promovian el deseo de conservar á estos cien mil hombres el gefe que en el año anterior habia equilibrado los destinos con fuerzas muy inferiores.

Reunida estaba la asamblea desde las nueve de la mañana, y en su seno se habia manifestado una impaciencia aun mas viva que la de los dias precedentes. Se quiso diferir la lectura del informe del general Grenier para ganar tiempo, si bien

la asamblea no se pudo interesar en ninguno de los objetos accesorios, que se habia procurado substituir al objeto primordial de sus preocupaciones. Y hubo que satisfacerla al cabo: como á las diez de la mañana subió el general Grenier á la tribuna, y fué el solo que obtuvo un silencio negado á los demás oradores. Brevemente enumeró las diferentes providencias adoptadas la noche anterior en el palacio de las Tullerías, y acabó por una exposicion mas detallada de la principal y consistente en despachar negociadores encargados de tratar en nombre de las Cámaras al campo de los aliados. Esto equivalia á la mitad de la abdicacion por lo menos, con la certidumbre de obtener la otra mitad al cabo de cortos instantes. Así y todo, el desengaño, la impaciencia y hasta la ira se pintaron en todos los semblantes, y estallaron en voces confusas. Poco habituado el general Grenier á este género de agitaciones, no hizo mas que balbucir algunas palabras en demanda de que se tuviera á bien esperar un poco, pues los ministros le habian prometido que muy luego se presentaria un mensaje imperial para completar la comunicacion presente. Tal indicacion no satisfizo á los ánimos conmovidos, y una multitud de oradores asaltaron la tribuna para presentar proposiciones, todas enderezadas á precipitar el acontecimiento deseado. Pero como no eran personajes de nota ni dignos de ser oídos los que se lanzaban á este tumulto, la asamblea no les prestaba atencion ninguna, y se sucedian inútilmente en medio de un desorden indescriptible. De pronto los confidentes del duque de Otranto llegaron á decir que la victima se defendia y que era forzoso apelar á

la violencia, para no venir á ser víctimas suyas, porque enterado el ejército de lo acontecido, por alargar el reinado de Napoleon se aprestaba á consumir los últimos excesos, y se habian recibido noticias de Grouchy, que estaba en salvo y marchaba sobre Laon con sesenta mil hombres. La perspectiva de tales recursos bien podia restituir á Napoleon la resolucion que al parecer le habia abandonado, y no habia que perder momento. Semjante version hallóse muy luego confirmada por las noticias que el ministro de la Guerra se presentó á dar sobre los asuntos militares. Se le escuchó con mucha mayor impaciencia, por la circunstancia de ser muy sério lo que salia de sus labios. Lejos de mudar de dictámen despues de darle oídos, en el ya abrazado, persistió más y más la asamblea. Cuando los ánimos anhelan impacientemente una cosa, todo les empuja hácia ella, hasta lo que al parecer les debia apartar mas de plano. Unos suponian que aquellos sesenta mil hombres serian un pretexto para que Napoleon retuviera el poder, y que de ellos se valdria contra la asamblea en caso necesario: otros instaban á servirse de tales fuerzas para tratar de ajustes, sin el hombre que hacia toda paz imposible. Excitándose continuamente de tal modo, se llegó á decir que habia necesidad de proponer la destitucion y aun de votarla de seguida. General se hizo la idea de votar la destitucion muy pronto. Sin embargo, un representante, el general Solignac, caido en la desgracia imperial ya hacia tiempo, espíritu desordenado, si bien generoso, por un momento contuvo á la asamblea, diciendo que el hombre, á quien se iba á violentar de tal suerte, ya habia reinado

quince años, recientemente habia recibido los juramentos de Francia, y durante veinte años habia regido los ejércitos franceses con una incomparable gloria; que por tanto merecia respeto, y que no era pedir mucho reclamar solamente una hora, á fin de darle tiempo de que depusiera por sí mismo el cetro, que se le queria arrancar de las manos. — ¡Una hora! ¡Una hora, buenol respondieron centenares de voces, y apoderándose cierta especie de pudor de aquella asamblea, que seguia aun deseando fuertemente el mantenimiento de la imperial dinastía, se otorgó este fatal plazo. ¡Una hora concedida para abdicar al hombre que habia dominado el mundo, y á quien tres meses atras se habia recibido con entusiasmo! ¡Triste y terrible leccion para la ambicion desapoderada!

Espontáneamente corrió el general Solignac al Eliseo, aun cuando de muy atrás no pisaba sus salones. Honda conmocion le produjo la vista de aquel poderoso emperador tan temido en otro tiempo, y caido ahora en un abismo de miseria. Napoleón, que tan mala acogida habia hecho á sus mas favorecidos servidores empeñados en arrancarle su abdicacion con singular prisa, afectuosamente recibió al que estaba en su desgracia, y habia solicitado y obtenido una hora de respiro para su persona. Con afabilidad le dijo que no habia razon para irritacion tanta, que su abdicacion estaba lista y la iba á firmar al punto. Llevándole de seguida al jardin donde su presencia hacia estallar nuevos gritos de *viva el emperador!* entre la muchedumbre, le hizo conocer cuanto poder le quedaba todavia, si usarlo fuera de su agrado. Luego preguntó al general si en su juicio podria crear un gobierno

la tumultuosa asamblea de donde venia entonces y adonde iba á volver acto continuo, y si el tal gobierno opondria una resistencia formal á los coaligados, y si la abdicacion que exigia no era como el advenimiento inmediato de los Borbones escoltados por quinientos mil extrangeros. A la verdad era difícil no verlo así en claro, y el general Solignac estuvo de acuerdo, y cogiendo los manos á Napoleón se las humedeció con sus lágrimas, y conmovido Napoleón de la emocion de este militar brioso, y satisfecho de haberle patentizado la consecuencia de los que en su abdicacion ponian empeño, le despidió afablemente, estrechándole las manos, y prometiéndole que el mensaje imperial se remitiria de seguida al palacio de los representantes. Una pluma cogió para escribir de su puño la minuta del acta, por no fiar á nadie el cuidado de redactar tales documentos, é hizo perfectamente á causa de que no habia otro capaz de hallar expresiones bastante grandes para tan extraordinarias circunstancias.

Vuelto á su despacho, donde estaban reunidos sus hermanos y sus ministros, ya habia Napoleón estampado sobre el papel algunas palabras, cuando Luciano, José y el ministro Regnaud le dijeron que á su abdicacion debia poner una condicion expresa, la de la trasmision de la corona á su hijo. Entonces dirigió á Mr. Regnaud una mirada en que se pintaba el desprecio mas amargo respecto de la política de Mr. Fouché ya triunfante. — ¡Mi hijo... repitió dos ó tres veces... mi hijo!... ¡Qué quimeral... no, no abdicó en favor de mi hijo, sino de los Borbones... á lo menos estos no se hallan prisioneros en Viena.—Trás de estas palabras

dignas de su genio, extendió la declaración siguiente:

«Franceses:

»Al comenzar la guerra para sostener la independencia nacional, yo contaba con la reunión de todos los esfuerzos, de todas las voluntades, y el concurso de todas las autoridades nacionales; con fundamento esperaba así el triunfo, y arrostré las declaraciones de las potencias en mi contra.

»Ahora las circunstancias me parecen cambiadas, y me ofrezco en sacrificio al odio de los enemigos de Francia. ¡Ojala sean sinceros en sus declaraciones, y no tengan realmente mala voluntad mas que hacia mi persona! Mi vida política ha terminado, y proclamo á mi hijo bajo el título de Napoleón II emperador de los franceses.

»Los ministros actuales formarán interinamente el consejo de gobierno. Por lo mucho que me interesa mi hijo recomiendo á las Cámaras que organicen la regencia por una ley sin demora.

»Unios todos para la salvación pública y para permanecer nacion independiente.

»NAPOLEON.»

Firmada esta acta á las doce y media, la debieron llevar el ministro Carnot á la Cámara de los pares, y el duque de Otranto á la de los representantes. Para este último era el boletín de su victoria, y apenas disimulaba el contento que experimentaba de resultas. A cosa de la una llegó á la Cámara de representantes, donde le habian precedido muchos oficiosos. Ya la hora concedida al ge-

neral Solignac habia pasado con mucho, y sin la aparición del conspirador triunfante, que iba á satisfacer la general impaciencia, probablemente se olvidara todo miramiento y respeto al vencido de Waterloo. Al anunciarse al duque de Otranto y el mensaje de que era portador, corrieron en tropel los representantes á ocupar los puestos vacíos, y de pie y en silencio escucharon la declaración arriba copiada, y de la cual dió lectura el presidente con voz conmovida. ¿Quién habia de creerlo? Después de manifestar impaciencia tanta, ora fuese de resultas de la nobleza del lenguaje, ora de la grandeza del hombre y de su infortunio, ora de alojamiento de los ánimos al cabo del triunfo obtenido, por de pronto la asamblea quedó muda, y después sintióse poseida de profundo y universal enternecimiento. Algunos instantes se pasaron en cruzar expresiones de compasión, de gratitud, de sentimiento, y en mas de una mente brotó la idea de que si la salvación era con Napoleón casi imposible, sin su persona se hacia imposible de todo punto. Por decirlo de este modo, se habia sentido irresistible impulso para llegar á lo ya consumado, y se empezaba á comprender confusamente que no se acababa de asegurar el triunfo de la revolución y de la imperial dinastía, sino el de los Borbones. No era á la verdad una calamidad para Francia, ni para la libertad, pero si una obra singular como realizada por mano de los representantes, cómplices todos ó parciales de la revolución del 20 de marzo.

Entonces el duque de Otranto fué á asomar su pálido rostro á la tribuna con el objeto de pedir hipócritamente contemplaciones para el infortunio,

reclamando que al estipular Francia en favor suyo, tambien estipulara á favor de Napoleon, esto es, que asegurara su vida, su libertad, el sosiego de su retiro, y proponiendo finalmente el nombramiento de la comision que habia de ir á tratar al campo de los coaligados. Esta aparicion harto ociosa era un modo de presentar á la pobre asamblea, cuyo turno de abdicacion iba á venir muy pronto, el ridículo dictador que por espacio de quince dias debia reinar sobre Francia. Oidas fueron las palabras de Mr. Fouché sin que se las diera valor grande, pues despues del triunfo alcanzado, nadie pensaba en faltar al respeto al génio sin ventura, ni en diferir siquiera una hora el gran negocio de la paz, negocio tan importante en apariencia, y en realidad tan vano, como se verá de seguida. Pero se trataba de un asunto mas grave y sujeto á mayor disputa, como lo era el de reemplazar la autoridad ejecutiva, que por virtud de la abdicacion del emperador habia desaparecido del todo. Desde este momento se hallaba abierto el campo á los cálculos de los partidos, y á las divagaciones de aquellos espíritus agitados, que se desviven por moverse mucho y por revolver y hacer figura en las grandes circunstancias. Casi toda la asamblea era bonapartista y revolucionaria, esto es, queria los principios de la revolucion aplicados por mano de los Bonapartes, si bien con excepcion del único Bonaparte capaz de conseguir que prevaleciera lo que deseaba de plano. Sus votos colmaran el Acta adicional de la que se habian dicho tantas pestes, Napoleon II, cuando se acababa de destronar á su padre, y la paz sobre todo. Pero ya el duque de Otranto, despues de prometer Napoleon II, dudaba

de lo que habia prometido, y en su rededor esparcia sus propias dudas, ahora que las certidumbres de que se habia servido para derrocar á Napoleon ya no eran necesarias. Por donde quiera iban manifestando los hombres que recibian sus inspiraciones que se debia desear y procurar el advenimiento de Napoleon II, pero que para llegar al cabo no convenia que se impusiera como condicion absoluta, que ofenderia quizá á los soberanos extranjeros, é impediria la abertura de las negociaciones. Aun prefiriendo á Napoleon II, además añadian que no seria cuerdo comprometer la suerte de Francia por un niño prisionero, confiado á manos austriacas, condenado verosimilmente á no salir de ellas; y que si, por ejemplo, se podia obtener la monarquia constitucional con un príncipe ilustrado, liberal, que á favor de la revolucion hubiera soltado prendas, é indispuesto con la emigracion para siempre, no se le debia desechar por fidelidad á un príncipe casi extranjero, pues la salvacion de Francia y su libertad convenia asegurar ante todo. Al duque de Orleans se referian todas estas insinuaciones, á causa de que ya pensaban muchos en su persona, aun cuando á nadie hubiera dado mision de procurar que se opinase en tal sentido. Sus luces, su oposicion visible aunque discreta á la politica de cuyas resultas Luis XVIII habia tenido que dirigirse á Gante, sus servicios militares durante la república y hasta la memoria de su padre, á los ojos de los revolucionarios, de los modernos liberales y de los militares le hacian príncipe deseable y deseado, sin que por sí ni por nadie se propagara su candidatura. Aunque pronunciada á favor de Napoleon II, de no poseerle

por monarca se consolaba la asamblea, si en cambio se le daba el jefe de la rama segunda de los Borbones. Menos sacrificado se considerara el ejército bajo este príncipe reputado por militar, y ya se ha visto que, entre los monarcas reunidos en Viena, descontento el emperador Alejandro de la emigración había propuesto el duque de Orleans al congreso, sin detenerse más que ante la oposición de Inglaterra y de Austria. Ciertamente se acomodara Mr. Fouché con el reinado de este príncipe, si bien no se lisonjeara de que le aceptasen las potencias aliadas, y si alentaba las tendencias hácia su persona, solo era como transición de Napoleón II, que había prometido sin certidumbre, á los Borbones de la rama primogénita, cuyo triunfo daba por seguro, sin desearlo de ningún modo. Su táctica estribaba sustancialmente en suscitar á un mismo tiempo las ideas todas, sin perjuicio de procurar que no triunfase á última hora más que la de su mayor conveniencia, y de esta táctica no hablaba á Mr. Regnaud, bonapartista sincero, ni á monseñores Manuel, Jay, Lacoste, exclusivamente liberales, y que temían la rama primogénita de resultas. A unos y á otros limitábase á decir que se necesitaba de extremada prudencia, absteniéndose mucho de presentar á las potencias condiciones absolutas, con proclamar á príncipe determinado, pues obrando de tal suerte se imposibilitaria la abertura de las negociaciones.

Tan luego como la abdicación de Napoleón fué leída á la asamblea, en monton se sucedieron las proposiciones. Los hombres no amantes de la imperial dinastía, unos por realismo, si bien estos eran muy contados, otros por amor á la libertad y

á la paz, se apresuraron á proponer que se aceptara primero la abdicación á fin de hacerla inevitable, no siendo un contrato definitivo hasta la aceptación recíproca, y en seguida se dieran gracias á Napoleón por su sacrificio, y después se declarara nacional la asamblea de representantes, y se posesionara de todos los poderes, y enviara negociadores al campo de los aliados, y nombrara, en fin, una comisión encargada de desempeñar las funciones del poder ejecutivo. Diversos representantes apoyaron estas proposiciones, y con particularidad Mr. Mourgnés, que fué más allá que ninguno. Su deseo era que se añadiese á estas providencias la de nombrar á Mr. de Lafayette general en jefe de los guardias nacionales de Francia y al mariscal Macdonald generalísimo de las tropas. Sin duda se hace memoria de que este mariscal se negó á servir á las órdenes de Napoleón de nuevo, tras de acompañar á Luis XVIII hasta la frontera. Ante estas últimas proposiciones, cuya intención se veía harto á las claras, un representante llamado monseñor Garreau pidió que se leyera el artículo 67 del Acta adicional. Esforzándose el presidente Lanjuinais por impedir su lectura, calificándola de ociosa, pues de sobra lo conocían todos, gritos de *que se lea* y de *que no se lea* resonaron en todas partes. Pero dominando las voces que pedían la lectura á las que clamaban por lo contrario, Mr. Garreau leyó el artículo concebido en la siguiente forma.

«El pueblo francés declara que en la delegación que ha hecho y hace de sus poderes no ha entendido ni entiende dar el derecho de proponer el establecimiento de los Borbones ni de ningún príncipe de esta familia sobre el trono, ni aun en el

« caso de extinguirse la dinastía imperial; ni el derecho de restablecer, ora la antigua nobleza feudal, ora los derechos feudales y señoriales, ora los diezmos, ora ningun culto privilegiado y dominante, ni la facultad de atentar bajo ningun concepto á la irrevocabilidad de la venta de los bienes nacionales; prohibe formalmente al gobierno, á las Cámaras y á los ciudadanos toda proposicion en tal sentido. »—Sin decir mas creo que se me habrá comprendido, se oyó al autor de la cita.—Si, si, clamaron muchas voces, y se reclamó que se pasara á la orden del dia. Para apoyarla y motivarla se lanzó Mr. Regnaud de Saint-Jean d'Angely á la tribuna. Ante todo preguntó qué sería de la Cámara de los pares si se constituía en asamblea nacional la cámara de representantes, y qué sería de la Constitución si las dos Cámaras se refundían en una sola. Luego puso de manifiesto la ventaja de conservar una Constitución ya hecha, que solo necesitaba de algunas modificaciones para figurar como excelente, en la que el monarca estaba irrevocablemente desiguado, lo cual atajaba de raiz todas las competencias, y no faltando para mantenerla vigente mas que una medida transitoria y consistente en determinar quien habia de ocupar el puesto del monarca ausente y menor por corto espacio. No atreviéndose á proponer a pesar de todo un consejo de regencia, que zanjara positivamente la cuestion de dinastía, de las proposiciones desechadas sacó la idea de hacer que se nombrara una comision ejecutiva de cinco miembros, tres por la Cámara de representantes y dos por la de pares. Finalmente respecto de Napoleon apeló á los sentimientos de generosidad, de decoro y de

gratitud á la asamblea.—Es un hombre, dijo, á quien llamásteis grande, y á quien la posteridad juzgará mejor que nosotros. Recientemente le elevásteis por segunda vez á vuestro jefe, y aun no hace cuatro semanas que le prestásteis nuevo juramento. Desgraciado ha sido ahora, lo cual en su carrera militar aconteció por rareza; le habeis perdido su abdicacion y se ha apresurado á hacerla con una magnanimidad de que he sido testigo, como que ayer osé hablarle de ella antes que otro alguno. La ha hecho, pero en favor de su hijo. ¿A caso pagareis esa magnanima abnegacion no aceptándole ahora? ¿Anularéis la tan deseada acta de abdicacion desechando la condicion esencial de la misma? De consiguiente propongo la orden del dia sobre las mociones que habeis oido, para no anular la Constitución ni los derechos de Napoleon II, y os propongo además que se envíe una diputacion al que era vuestro emperador hace pocas horas, para darle gracias por el noble sacrificio que en interés del pais ha consumado.—*Alto, tomas, tomas* Bajo la impresion del sacrificio inmenso de Napoleon obtenido y conmovida además por las palabras de Mr. Regnaud, unánimemente adoptó la asamblea cuanto habia propuesto como orden del dia. Mr. Regnaud se lisonjeó de haber salvado así el trono de Napoleon II, pero Mr. Fouché no lo creyó así ni por asomo, pues la cuestion solamente se hubiera zanjado con la creacion de un consejo de regencia, y no se habia hecho mas que eludir la con la creacion de una simple comision ejecutiva. Esta ambigüedad convenia á Mr. Fouché, el cual deseaba que todo fuera posible, menos la vuelta de Napoleon mismo. Inmediatamente procedióse á la

rotacion para elegir tres miembros que á la comision ejecutiva habia de suministrar la Cámara de representantes. Considerándose Mr. Fouché necesariamente designado, no trabajó para sí propio, sino á favor de los otros dos individuos, con el deseo de proporcionarse colegas, que no pudieran contrariar sus designios. Imposible le era de todo punto segregarse á Carnot, de cuya buena fé se prometia abusar desde luego, si bien pugnaba con ahinco por no tener á su lado á Mr. de Lafayette, y á los unos describióle como un fanático por las desacreditadísimas instituciones del año de 1794, y á los otros como indispensable en la comision que para tratar de la paz se debia encaminar al campo de los soberanos. Especialmente recomendó el nombre del general Grenier, estimado por todos los partidos, y poco idóneo para desbaratar una intriga, por ser incapaz de fraguarla de ninguna especie. Permaneciendo Mr. Fouché en los pasillos de la asamblea, logró producir los siguientes resultados. Carnot, elegido por la estimacion universal, obtuvo trescientos veinte y cuatro votos: no mas que doscientos noventa y tres obtuvo Mr. Fouché, elegido por la opinion que se tenia de su influencia asi fuera como dentro: Mr. Grenier reunió doscientos cuatro votos, y solo ciento cuarenta y dos fueron dados á Mr. de Lafayette. Necesidad hubo de segundo escrutinio para el tercer miembro, y al cabo resultó elegido Mr. Grenier por una inmensa mayoría. Esta resolucion fué comunicada inmediatamente á la Cámara de los pares con el fin de que se adhiciese á ella.

A la sazón hallábase la Cámara de los pares muy vivamente agitada. Allí habia ido el ministro

de la Guerra á comunicar las noticias militares ya dadas á la Cámara de representantes, debiendo ser el trato exterior respecto de las dos Cámaras enteramente semejante, aun cuando la influencia no fuese la misma. A consecuencia de las comunicaciones sobrevino una escena triste y violenta. Agitadísimo todavía el mariscal Ney de resultas de la batalla de Waterloo, en que habia acreditado tanto heroismo, mas agitado aun por los rumores que circulaban de boca en boca y le atribuian graves faltas, excitado por Mr. Fouché á quien habia tomado por confidente de sus penas, se apresuró á pedir la palabra, y atrayendo vivamente la atencion por su enérgica figura, no menos que por la importancia de una relacion salida de su boca, contradijo las aserciones del ministro, afirmó que ya no quedaba ningun recurso, que se habia perdido todo, que el ejército habia cumplido con sus deberes, que se habian cometido grandes faltas (sin nombrar á nadie, aunque designando á Napoleon como autor de ellas bien á las claras), que estas faltas habian originado un desastre irreparable, y que no habia mas que tratar bajo toda clase de condiciones, salvando las vidas á lo sumo. Al obrar de este modo, no se le alcanzaba á la gloriosa víctima que hacia inevitable una capitulacion, tras de la cual no todas las vidas quedarían á salvo por desgracia. Inexplicable es el tumulto que produjo tal escena. Algunos malévolos experimentaron una alegría casi visible á la vista de ese caos, pero la gran mayoría de los pares, sincera aunque débil, se afligió al ver el desaliento propagado por un hombre de tan portentoso denuedo. Entrando Drouot en el salon á tiempo en que el mariscal

Ney acababa de usar de la palabra, y sabedor de lo que habia dicho, con las formas graves y dulces de que no se apartaba nunca, fué á reconvenirle por sus aseveraciones, y á anunciarle que las rectificara al punto. Ney se defendió malamente, descubriendo el desórden afflictivo de un alma desesperada y ya sin imperio sobre sí propia, y mereció que respecto de su persona ya nada se tuviera en cuenta mas que sus imponderables servicios.

Bajo la impresion de tan triste escena hallábase la Cámara de los pares cuando llegó el mensaje de la Cámara de representantes. No existia duda en punto á la adhesion de la pairia á las medidas propuestas, pero los miembros fogosos del partido imperial, como el príncipe Luciano y los generales La Bedoyère y Flahault, se manifestaron irritadísimos al ver eludida la soberanía de Napoleon II con el nombramiento equivoco de una comision ejecutiva, y expresaron muy claramente su disgusto. En la idea tan general por entonces de buscar en la abdicacion del emperador una salvacion pronta habia entrado el conde de Thibaudeau, revolucionario moroso, aborrecedor de los Borbones, mas propenso á los Bonapartes, aunque sin amarlos, á causa de que no amaba á nadie, y menospreciador de Mr. Fouché aunque se dejaba conducir por su influjo. Así expresó el dictámen de autorizar pura y simplemente la decision de la Cámara de representantes, lo cual á la verdad era inevitable, segun el punto á que habian llegado las cosas. Esta proposicion excitó vehemente ira en los partidarios de la dinastía imperial. Recordando el príncipe Luciano á la Cámara de los pares, nombrada por Napoleon, el agradecimiento y la fide-

lidad de que le era deudora, dando á entender que, aun cuando el respeto á las leyes se hubiera extinguido en todas partes, allí debia estar subsistente, invocando la constitucion que, despues de Napoleon I, conferia la corona á Napoleon II, apoyándose finalmente en el acta de abdicacion que estableció como condicion esencial su advenimiento al trono, demandó que se proclamara á este jóven príncipe de seguida, con el fin de precaver la guerra civil y el caos. Agrupémonos en rededor de Napoleon II, exclamó el príncipe Luciano, y por mi parte doy ejemplo antes que otro alguno, y le juro fidelidad. Asustados muchos pares de semejante tumulto, y aprobando la forma evasiva adoptada para reemplazar al poder ejecutivo, se manifestaron visiblemente importunados de resultados de la vivacidad con que se queria zanjar una cuestion tan grave. Mr. de Pontecoulant, par de Napoleon y de Luis XVIII, y por consiguiente deudor respecto de ambos, se contaba entre el número de los que no querian que se dificultase mas que lo era de suyo la transicion de un régimen desfalliciente á un régimen inevitable. Tras de declarar cuanto debia á Napoleon, manifestó que creia deber mas á su patria, y que juzgaba como imprudente en demasia la proposicion del príncipe Luciano. Recordando á éste su calidad de príncipe romano, le tachó de no ser francés y por consiguiente de inhabil para emitir una opinion valdadera sobre tamaño asunto. Si para vos no soy francés, respondió el príncipe Luciano, lo soy para la nacion entera; é insistió sobre la nulidad de la abdicacion de Napoleon I en el caso de que no se reconocieran en el mismo instante los derechos de Na-

poleon II al trono. Entonces el generoso é imprudente La Bedoyère, tan poco dueño de su razon como Ney, tomó la palabra y dijo con violencia increíble:—Aqui hay gentes que se postraban á las plantas de Napoleón venturoso, y que ya se alejan de Napoleón desventurado; Dejadles obrar á su gusto, y cumplamos nuestros deberes. Napoleón ha abdicado en favor de su hijo; si su hijo no queda proclamado, la abdicacion es nula, y la debe retirar de seguida. ¡Qué vuelva á empuñar su espada, y todos iremos á morir á su lado! Quizá los traidores que ya le han abandonado á estas horas, le abandonarán nuevamente, y anudarán las intrigas con el extrangero, como lo hicieron antes. . . . á algunos veo que se sientan en estos bancos. . . . Al pronunciar tales palabras, demostrativas de que este jóven brioso ya no era dueño de sí mismo, le interrumpió un espantoso tumulto. Se le impuso silencio: muchos de sus amigos acudieron á contenerle, sin que lograran aplacarle. Despues la discusion continuó desordenadamente, sin resultado para los que deseaban la proclamacion inmediata de Napoleón II, y la prudente asamblea adoptando la politica evasiva confirmó pura y simplemente la decision que habia prevalecido en la Cámara de representantes. Para completar la comision ejecutiva nombró á Mr. de Caulaincourt como el varon mas digno de representar los intereses de Francia sin descuidar los de Napoleón, y á Mr. Quinette como antiguo convencional y representante honrado de la revolucion.

Llevadas á Napoleón estas noticias no le sorprendieron lo mas leve, ni le afligieron en mayor grado, por no haberse forjado ilusion alguna en

punto á la suerte de su hijo, no creyendo jamás que caida la corona de su robusta cabeza se pudiera sostener sobre la de un débil niño, á la par ausente y prisionero. Por la tarde llegó una diputacion de los representantes á tributarle el homenaje de la asamblea y la expresion de su agradecimiento. En pie recibíola y en la actitud misma que tomaba en la cúspide de su poderío, con una gravedad triste, y con la altivez de lenguaje que da el desprendimiento de todas las cosas. Despues de manifestarse sensible á los testimonios de la diputacion de representantes, les dijo que el sacrificio por el cual le daban gracias lo habia hecho por Francia, bien que sin ninguna esperanza de que la fuera de provecho, y únicamente por no estar en desacuerdo con sus representantes, pues no podia luchar con buen suceso, sino á condicion de permanecer todos unidos. Les recomendó la union como principal medio de salvacion, y despues de la union la actividad en los preparativos de defensa, dado que para conseguir la paz se necesitaba tener en las manos todos los medios de hacer la guerra, y les dijo estas palabras:—El tiempo que se ha perdido en derrocar la monarquía imperial se empleara mejor en preparar medios de resistencia. Pero todavía hay tiempo al cabo, daos prisa, porque se acerca el enemigo, y os engaña al decir que hará alto así que os desembaraceis de mi persona. Solo quieren imponeros los Borbones, y todo lo que traen consigo. Os recomiendo mi hijo, porque no he abdicado sino en favor suyo, y solamente ligados de un modo vigoroso á ese niño evitareis el conflicto de las pretensiones contrarias, y os atraereis al ejército, y tendreis probabilidades de salvar